

FILOSOFIA

La libertad en San Agustín

ARNOLDO PACHECO SILVA*

Se hace imprescindible, antes de analizar la doctrina de San Agustín en torno a la libertad, adentrarse en su persona y obra para comprender que su visión de la libertad constituye no sólo una reflexión, sino que una experiencia personal de su propio camino de búsqueda de su liberación personal interior.

Agustín es una personalidad que produce admiración por su extraordinario talento para abarcar materias variadas y difíciles. Es un hombre erudito de la cultura latina, estudioso y exégeta de la fe cristiana.

Su reflexión permanente y sus extensos escritos nos muestran a un filósofo relevante y a uno de los padres creadores de la teología occidental. Su prestigio de erudito ante las exigencias históricas en que vivía la fe cristiana, lo transforman en el consultor de la cristiandad en materias de fe. Es un acerado polemista y orador elocuente contra las herejías de su época: donatistas, arrianos, maniqueos, pelagianos y paganos. Con Agustín la Patrística alcanza su máximo desarrollo.

Como su nombre lo indica, la Patrística es el período de los padres de la Iglesia, bajo cuyo concepto se distinguen tres grandes características: antigüedad eclesiástica, eminente erudición y recta fe, que permiten la consolidación de las verdades fundamentales de la doctrina de la Iglesia.

Agustín concita la atención porque en él se da la más amplia preocupa-

*ARNOLDO PACHECO SILVA. Profesor de Historia de América Colonial, en el Departamento de Historia de la Universidad de Concepción.

ción por la realidad del hombre. Nada humano le fue ajeno. Esta compenetración por lo humano, nace de su propia experiencia de vida personal que recorre en profundidad todas las vicisitudes de la naturaleza del ser hombre.

El deseo de felicidad fue el motor de su búsqueda y de su realización. El espectro de sus experiencias fue amplio y rico, desde la vivencia de la sensualidad como una de las expresiones de anhelo de felicidad, hasta llegar a descubrir y cultivar su vida interior.

Vivió su propio camino de liberación pasando por el vacío existencial que lo acuciaba a la búsqueda de un sentido para su vida. Antes de encontrarlo y llegar así a comprender su existencia, pasó por la etapa que desde la perspectiva del psicoanalista Jung calificaría como neurosis, entendida como "el sufrimiento de un alma que no ha encontrado su sentido".

Es un hombre que lucha por hacerse en cada momento y al que se le puede aplicar una frase muy moderna: "Sólo me es afín el que cambia". El cambio es la dinámica que apunta a una perfección personal en orden a vivir la humanidad en plenitud.

1. LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN, COMO EXPERIENCIA DE LIBERTAD

Su conversión fue un proceso largo y difícil que culmina a los 32 años de su vida cuando se bordeaba el año 387. Está relatada en los nueve primeros libros de *Las Confesiones*, que es una obra relevante de la literatura universal. Allí Agustín descubre la naturaleza del hombre en su propia experiencia de niño, adolescente y adulto. Naturaleza que conlleva desde el nacimiento la ausencia de plenitud, la limitación, las contradicciones, etc. Agustín observa la vida como una situación fronteriza entre la plenitud y el vacío existencial, entre Dios y el pecado.

Sus Confesiones son agudas al recordar su niñez:

"y cuando no se me obedecía, o porque no me habrían entendido o porque me era dañino, me indignaba con los mayores porque no se me sometían y porque no aceptaban ser mis esclavos, y me vengaba de ellos llorando"¹.

El hombre no está libre —aunque sea niño— de la voluntad de poderío, de

¹*Las Confesiones*, Libro I, Cap. VI. Colección Austral, Buenos Aires, 1954, p. 26.

someter, de seguir sus pasiones y caprichos. No está exento de conflicto cuando todos estos elementos se dan entre él y su medio social.

El paso hacia la adolescencia, las amistades, el tener mayores expectativas hacen más complejas sus decisiones y experiencias y una de ellas quedará grabada en el joven Agustín: el robo de peras que comete junto a otros jóvenes, porque la finalidad no era comerse las peras ni tampoco alguna utilidad pecuniaria, sino el gusto de hacer lo prohibido.

“ni quería gozar de ese objeto que apetecía por el robo sino del mismo robo y pecado”².

Agustín experimenta la libertad de decisión que tiene el hombre, pero siguiendo más sus impulsos juveniles, que una decisión optada con un fundamento razonado y con una finalidad trascendente. Con posterioridad será consciente que ese acto era el descubrimiento de una libertad del querer y del obrar aunque sujeto a su malicia juvenil.

No podía estar ajeno al despertar de la sexualidad y del afecto, del amar y ser amado.

“¿y qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado?

Pero yo no guardaba un modo de intercambio de alma a alma, como señala la senda luminosa de la amistad. Por el contrario, surgían nieblas del fango de la concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad, que oscurecían y ofuscaban mi corazón, a tal punto que no distinguía la serenidad de la elección de la espesa polvareda de la sensualidad. Ambas confundidas abrazaban y arrastraban mi débil edad por los senderos abruptos de las pasiones y la sumergían en el abismo de los vicios”³.

Si Agustín evoca estos claros acontecimientos es para señalar el desorden que se había apoderado de su vida. Allí no encuentra la paz, ni la plenitud, al contrario, el placer y la vanidad; y éstas no las vive gratuitamente sino que da origen a nuevas realidades como son “los celos, las sospechas, los temores, las iras y las contiendas”⁴.

Una nueva etapa se introduce en su vida a la edad de 19 años: es el inicio de su conversión. Durante el transcurso de sus estudios llega a leer el

²Ibíd. Libro II Cap. IV, p. 47.

³Ibíd. Libro II, Cap. II, p. 43.

⁴Ibíd. Libro II, Cap. I, p. 55.

Hortensio de Cicerón, que lo impulsa a anhelos nuevos: el amor a la sabiduría.

“De repente toda vana esperanza llegó a ser vil para mí y con increíble ardor de corazón anhelaba la inmortalidad de la sabiduría”⁵.

La exhortación a la sabiduría es un impulso filosófico-religioso que señala el comienzo de su ascenso humano. El descubrimiento de esta nueva dimensión marca su espíritu para siempre como un signo indeleble que guiará sus decisiones futuras. Tiene otra perspectiva de la vida y del uso de su libertad. La felicidad no se fundamenta en el placer de los sentidos, sino en la búsqueda y deleite de la contemplación de la verdad. He ahí el nuevo Agustín.

La atracción por la sabiduría y la búsqueda de Dios lo llevan a entrar en la secta gnóstica de los maniqueos, que en esos momentos tenían un gran impacto entre los cristianos de Africa que abandonaban su Iglesia para asumir esta nueva religión oriental.

El maniqueísmo explica el mundo sobre la base de dos principios opuestos: el Bien y el Mal, ambos son sustancias eternas e *igualmente poderosas*, de tal manera que el mal que hace una persona no es obra de ella, sino del principio del mal, que está en su ser. Agustín siente así disminuido su complejo de culpabilidad, es decir, no se siente responsable del mal que produce.

En el año 373 empieza a ejercer como profesor de retórica en Tagaste. De allí se traslada a Cartago, donde vive con un grupo de amigos en concordancia a su corazón sensible a la amistad, cumpliendo allí el rol de maestro en un fructífero diálogo intelectual en un círculo humano que se caracteriza por sus relaciones comunitarias.

En el afecto íntimo tendrá una concubina con lazos que mantendrán por 15 años. De esa unión nacerá su hijo Adeodato.

A los 30 años se dirige a Roma para ocupar el puesto de retórico de la Corte de Milán. Continúa perteneciendo a la secta de los maniqueos pero ya su fe en esa religión está erosionada.

En Milán, en contacto con uno de los padres de la Iglesia, San Ambrosio, irrumpe en Agustín la semilla del Cristianismo que su madre Mónica había depositado en su niñez. Es ella la que había puesto el germen de Cristo, según sus propias Confesiones.

Completa su conversión, dilucidando uno de los problemas intelectua-

⁵Ibídem Libro III, Cap. IV, p. 58.

les que más le preocupaban: el problema del mal. Ambrosio le enseña que el mal depende de la voluntad personal, de esta forma el mal se considera como un no ser, como una carencia de ser.

Agustín descubre su responsabilidad personal en la práctica del mal y al mismo tiempo la necesidad de Dios para realizar su plenitud. Su conversión interior está empapada de admiración y extrañeza por el hombre y el reconocimiento de Dios como su Creador, cuando en las Confesiones se hace esta apasionante pregunta:

“¿Qué soy yo, pues, Dios mío, y qué ésta mi naturaleza?”⁶.

Reconoce en sí mismo el libre albedrío para construir su vida sin estar encadenado al impulso de sus sentidos y reconoce la fuerza de la gracia para ascender en su condición humana.

2. LA LIBERTAD EN LA PERSPECTIVA ACTUAL

La única forma de valorar el pensamiento de San Agustín es compararlo con la concepción que se tiene en el presente de la libertad humana.

Hay coincidencia en día de hoy en destacar que el hombre, a diferencia de los animales, no se haya sumergido en su estructura neurobiológica o sometido al ritmo de sus sentidos o instintos, que lo llevarían a una conducta predeterminada. Al contrario, la grandeza del hombre está en tener independencia de decisión frente a los impulsos que nacen de su estructura orgánica. Es lo que Max Scheler define como el único ser que es capaz de decir que no frente a sus impulsos⁷.

También hay coincidencia en que la libertad es la capacidad que tiene el hombre para poseerse a sí mismo, ser dueño de sí y de las decisiones que toma frente a sus circunstancias. La libertad es el poder de la persona de ser ella misma, de cambiar, de no estar adscrito y de poder determinar las líneas de su propia existencia.

El asumir una decisión y realizarla es la posibilidad concreta de influir, de cambiar la realidad para dar paso a algo nuevo y original. Sin libertad no hay posibilidad de dar lugar a lo inédito.

Lo propiamente humano es tomar conciencia de la razón del propio obrar, sabiendo lo que se hace y por qué se hace. La libertad es la responsabilidad del propio obrar.

⁶Ibídem, Libro x, Cap. xvii, p. 215.

⁷*El puesto del hombre en el cosmos*, Losada, Buenos Aires, 1957.

La libertad es la capacidad que tiene el hombre de dar origen a una decisión por sí mismo, capaz de ser realmente autor de sus propias acciones.

El autor I.A. Walgrave tiene una descripción muy adecuada de la libertad y el desarrollo del hombre como persona:

“El hombre verdaderamente personalizado sabe lo que piensa; tiene convicciones sólidas. Sabe lo que quiere; permanece fiel a sí mismo. Emplea todas las fuerzas de que dispone para realizar el proyecto de su ser. No cambia de la noche a la mañana. La impresión que nos da es de fortaleza, de claridad y de precisión. Además, no se pierde en la masa. No se deja llevar por las corrientes de la opinión pública. No se deja seducir por el prestigio. Es verdaderamente independiente, es “alguien” que obra por sí mismo, en posesión de sí mismo con toda su capacidad y su fuerza; alguien que tiene el dominio de sí y que sigue siendo lo que es, fiel a sus convicciones, a su ideal, a su plan de vida, a pesar de sus diferentes estados de ánimo, de sus emociones transitorias, de sus impulsos naturales, sean cuales fueren por otra parte las reacciones de los demás, los cambios de la opinión pública o la evolución de las circunstancias. Está por encima de las fuerzas de la naturaleza en sí mismo; tiene las riendas en su mano, ve claro, domina la situación, se sirve de los medios, sabe dirigir. Se mantiene igualmente por encima del juego incierto del mundo. Es independiente, libre, concentrado en su propia fuerza. Es y sigue siendo él mismo”⁸.

3. EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Se completa el análisis de la libertad cuando ésta se entiende como una semilla y, como toda semilla, es una potencialidad cierta que debe desarrollarse. En el hombre hay una continua conquista de su libertad. Parodiando a Ortega y Gasset, podríamos decir que se nos ha dado la libertad, pero no nos ha sido dada hecha, tenemos que hacérsola.

La libertad no se da en abstracto sino que se encarna en la realidad histórica personal y social. Depende del entorno o de las circunstancias socioculturales y políticas en que vive un individuo para que se den mayores o menores posibilidades de libertad.

Mis opciones, la elección personal dependerá de mis circunstancias, que es el marco concreto dentro del cual desarrollo mi existencia en un período

⁸*Cosmos, personne et société*, p. 126.

histórico concreto. Mi elección dependerá de las circunstancias, pero también de mi inteligencia, de mi cultura, de mis valores, etc. En cada momento debo hacerme libre, es decir, ir superando aquellos obstáculos que me impiden ser y que están en mi propia vida personal como por ejemplo: la inseguridad, la vanidad, las pasiones, etc.

La libertad así dimensionada es una libertad creadora en el sentido de que se va haciendo en un proyecto que humaniza a cada persona según su propia vocación.

Otro problema de la libertad son sus aspectos materiales, sociales y políticos.

El hombre para poderse desarrollar necesita de un conjunto mínimo de bienes que le permitan crear el espacio en donde vive y expresar su libertad. El ser del hombre necesita de comida, bebida, vestido y un lugar digno donde vivir. Junto a esos bienes el hombre necesita indispensablemente de la instrucción y la ciencia, de la información de la cultura para hacerse y sentirse libre.

A estas estructuras básicas se suman otras como la necesidad de estructuras sociales y jurídicas que garanticen una justa distribución de bienes y el ejercicio de los derechos de la persona.

La libertad humana también está ligada a un régimen político que podrá o no facilitar la participación de los ciudadanos, y facilitar o no el ejercicio de opiniones en torno a la marcha de la sociedad.

En síntesis, la libertad y su ejercicio están hoy muy vinculadas al entorno social, material y político que tiene una sociedad que formará un clima de libertad para que el individuo y los grupos sociales puedan ejercitarla en beneficio de la comunidad.

4. LA LIBERTAD EN SAN AGUSTIN

Aborda el problema de la libertad considerando su propia experiencia personal que conlleva una extensa búsqueda de la explicación del mal. La explicación del mal es para Agustín el problema fundamental del hombre, de la Historia y de la libertad. Allí estaría la raíz que explicaría las vicisitudes del hombre.

Es tan analítico del mal y de sus consideraciones en el hombre, que muchos autores han visto allí un sesgo de pesimismo de su visión de la humanidad, pero en realidad es un realista de la naturaleza humana.

Diversas disciplinas que se preocupan del hombre y de su historia perciben hoy la presencia del mal como una insuficiencia del hombre para

alcanzar su realización y felicidad. La historia aparece como un sendero donde se dan muchas victorias parciales junto a innumerables intentos que han fracasado. Ha surgido el hambre, el sufrimiento, la incompreensión, las guerras, la tortura, Hiroshima, Biafra, accidentes nucleares.

Todas las corrientes del pensamiento ya sean ideologías, antropologías, filosofías y las religiones se enfrentan al problema del mal de distinta manera. Los marxistas buscan la explicación del fracaso y del mal bajo los conceptos de "alienación", de "explotación", de "lucha de clases", etc. Sartre y Camus se refieren al tema como "el carácter absurdo de la existencia". En cambio para los creyentes es el pecado.

En resumen el fracaso y el mal forman, sin lugar a dudas, parte de la existencia de los hombres. El teólogo K. Rahner señala al respecto:

"El *fracaso* como propiedad existencial del hombre significa una estructura fundamental fuertemente diferenciada que se manifiesta en todas las relaciones trascendentales y regionales del hombre: el desnivel necesario entre la aspiración y el cumplimiento, la distancia permanente —aunque variable con la marcha de la historia— entre el proyecto de autorrealización y la realización efectiva, distancia que aumenta cada vez más en la medida en que el hombre intenta superarla" ... "y finalmente la muerte en donde la pasividad del hombre se hace radical, sin que pueda decirse por ello que se haya resuelto el problema del hombre y que haya disminuido la diferencia entre la pregunta infinita y la respuesta siempre parcial"⁹.

Esta dificultad por alcanzar la consecución de un valor es lo que caracteriza el fracaso. En cambio el mal es cuando se viven experiencias que están en contraste con las justas necesidades y exigencias del hombre. De ahí surge el dolor, el conflicto, etc.

El mal se visualiza en la historia con perfecta claridad cuando un niño pasa hambre, o en una guerra mueren millones de hombres, es entonces cuando estas situaciones y miles de otras nos alcanzan y nos hacen preguntarnos: ¿Por qué? ¿De dónde proviene el fracaso y el mal?

Es ésta la fundamental pregunta de Agustín planteada en su época en otros términos, pero de igual significado y urgencia que en el presente.

¿Cuáles son las respuestas agustinianas?

⁹*Grundentwurf einer theologischen Anthropologie*, en *Handbuch der Pastoraltheologie*. 11/1, Freiburg, 1966, p. 35.

4.1. *Sustancialmente comprendió que el mal era una privación del bien y no una causa positiva propia, como en la concepción maniquea. Es decir, no hay un principio creador del mal. El mundo quedaba reintegrado a la soberanía de un principio único que es por esencia bueno y creador. Dice Agustín.*

“nosotros los cristianos... adoramos a Dios, de quien proceden todos los bienes, grandes y pequeños; de El procede todo modo sea grande o pequeño; de El, toda forma o especie, sea grande o pequeña, de El todo orden, sea pequeño o grande”¹⁰.

El mundo es la expresión de Dios, es su bellísimo vestigio.

La creación del mundo y del hombre fue el *tiempo de la plenitud* del ser humano, de equilibrio de sus fuerzas exenta de toda inclinación hacia lo inferior. La voluntad en el hombre está incólume, elemento fundamental en el pensamiento agustiniano para afirmar que el hombre tenía el privilegio del *posse non peccare*, la facultad de no pecar.

Ese estado privilegiado se sustentaba en la comunión del hombre con Dios en una ligazón de identidad entre el Creador y su Creatura. Cuando éste rompe con El, la ruptura modifica el estado íntimo del hombre, perdiendo así su identidad original.

La ruptura, la falta de comunión con Dios se transforma en el hecho fundamental que da comienzo a la historia del hombre. La voluntad humana queda inclinada hacia el mal, por *ausencia de comunión con el Bien*. La fuerza gravitatoria del hombre se vuelca hacia sí mismo queriendo ser el yo el centro de la creación, provocando una ruptura con los demás hombres y también con la naturaleza.

La ruptura con Dios lanza al hombre a una dinámica de conflicto y de dominio para los otros integrantes de la sociedad, simbolizado con fuerza en el asesinato de Caín sobre su hermano Abel.

Según Agustín, la primitiva caída no fue una corrupción total de la naturaleza humana. Quedan en el hombre las potencialidades divinas que no han podido ser anuladas, como el amor a la verdad, el anhelo de absoluto y de plenitud.

Potencialidades divinas en el hombre que lo impulsan a buscar la perfección, a pensar proyectos que superan la imperfección de su presente. En ese contexto Agustín destaca y valora el *liberum arbitrium*.

El libre albedrío es una libertad debilitada. La *Libertad* en Agustín es la

¹⁰*De la Naturaleza del Bien contra los Maniqueos* en Obras de San Agustín, BAC, Madrid, 1951, Cap. III, p. 981.

vivencia del Bien, es el equilibrio del hombre que no gravita hacia lo inferior. La libertad es la orientación hacia el bien. La ruptura transformó la libertad en libre albedrío. El hombre no está sometido al mal, tiene la capacidad de arrepentirse y de volver a poseer a Dios.

“El libre albedrío fue concedido al hombre *para que conquistara méritos*, siendo bueno no por necesidad sino *por libre voluntad*”¹¹.

El hombre en su actual naturaleza es responsable de elegir el mal o liberarse de él. El libre albedrío hace responsable al hombre de sus acciones, de su conducta y destino.

La voluntad del hombre o libre albedrío es la base de todo el orden moral, porque supone la posibilidad de elegir valores superiores, más allá del interés material y la obsecuencia ante el poder.

Agustín plantea la libertad de la voluntad y por consecuencia un reconocimiento de toda una secuencia ética de la conducta de los seres humanos. Porque el hombre es libremente responsable es que podemos recompensar o elaborar una conducta, castigar o llegar como seres humanos al arrepentimiento.

¿Cuál es la tesis fundamental de San Agustín? El sostener una naturaleza de la voluntad como una de las funciones más propias del ser humano caracterizada por un momento para no perder algo o para algo que se realiza sin coerción, y que se expresa en la capacidad de elegir con independencia entre actos opuestos.

La naturaleza de la voluntad es un impulso esencial que permite al hombre la búsqueda y adquisición de lo que su raciocinio le indica como valioso en su vida, esto es, la felicidad y la realización personal.

Planteado el libre albedrío en esos términos, nuestro autor nos lleva al problema de fondo de la libertad: ¿libertad para qué? Relativiza todas las otras libertades como medio para un fin más trascendente, de tal manera que la libertad alcanza su verdadero sentido en la práctica del bien y de la justicia.

El hombre debe tener libertad económica, política, etc. Todas esas libertades son importantes, pero lo esencial es optar por la práctica del Bien.

4.2. *La libertad como un proceso de liberación*

Del análisis del mal, Agustín concluye que el hombre necesita ser liberado de sus ataduras; de ahí que el mayor acontecimiento de la historia es la

¹¹Agustín, *Contra Fort man*, 15: PL 42, 118 en *Obras San Agustín*, Tomo 1, p. 69.

liberación introducida por Jesús. La persona de Jesús es el sumo Bien, porque a través de su persona el hombre vuelve al estado original de comunión con su Creador. De nuevo la humanidad queda restaurada en su verdadera identidad, se supera la alienación del conflicto, de la guerra y del odio.

Elegir a Jesucristo es insertarse en la participación de la naturaleza divina de tal manera que el hombre o su misma libertad gravita hacia el bien.

La libertad agustiniana es liberar al hombre de la capacidad para practicar el mal, es liberar la persona de las raíces de la violencia y la opresión.

Bajo esta perspectiva la Historia se entiende como una lucha, una tensión para que el hombre adquiriera su libertad de no estar sujeto al mal y sienta el deleite en la ejecución del bien. La Historia es el escenario de ese drama.

5. *EL SIGNIFICADO DE LA HISTORIA EN SAN AGUSTIN*

Por primera vez la historia del hombre es pensada en orden a encontrarle un sentido. Es la primera filosofía de la historia. Es un trascurrir de algo, para algo, ya que el hombre en el quehacer histórico tiene que alcanzar su salvación. Hay una meta última: el encuentro definitivo con Dios en el juicio final.

El tiempo histórico —además— adquiere un aspecto dramático, al tener el hombre que optar o no por el buen uso de su libertad. El tiempo histórico tiene sentido porque a lo largo de él, se desenvuelve lo que es esencialmente temporal: la existencia y destino de la persona humana. La posibilidad de ascenso o descenso de la humanidad del hombre

Bajo las perspectivas de esta concepción es concebido el futuro como una esperanza, en el sentido de que el hombre con la ayuda de la Gracia Divina puede construir un mundo no sometido ni al Destino, ni a la sujeción del mal. Por consecuencia es posible concebir la Historia como posibilidad de progreso, y no sometido al ciclo de las fuerzas de la naturaleza. El ejercicio del libre albedrío apoyado por la gracia da origen a la vivencia de lo inédito en la historia.

La salvación es posible para el hombre usando el libre albedrío durante el proceso histórico. Vista así la historia, ésta se transforma en el escenario donde se desarrolla el conflicto de las dos ciudades: la ciudad de Dios y la ciudad terrena.

La historia de todos los acontecimientos está penetrada desde su raíz por la dualidad o conflicto entre el egoísmo y la caridad. Ambas tendencias se dan al interior del hombre y se proyectan en el quehacer histórico explicándose desde esta perspectiva el constante antagonismo entre los hombres.

Agustín vivió el conflicto interior:

"Hay en el alma dos voluntades, porque, no siendo una de ellas total, tiene la otra parte lo que le falta a ésta... De este modo, las dos voluntades mías, la vieja y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y discordando, destrozaban mi alma"¹².

Esta percepción personal de su interioridad la observa en la vida de la sociedad, en que dos tendencias se entremezclan en el acontecer histórico. Es el conflicto de las dos ciudades que Agustín las caracteriza en un célebre trozo:

"Dos amores fundaron, pues dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, celestial"¹³.

La historia se va construyendo entre dos afectos: uno que tiende hacia lo santo y el otro hacia la bajeza; el uno es social y el otro individual. Un amor que vela por el bien común y otro que utiliza el bien común en la propia utilidad.

La ciudad de Dios no está representada o encarnada aquí en la tierra por una institución determinada; al contrario la ciudad Divina se va prefigurando en la historia, por todos los que *optan* por Dios y establecer la justicia y el amor. La opción en una continua tensión que se da frente a los acontecimientos y como se sirven esos acontecimientos. Ambos amores están mezclados en el mundo y es la opción lo que me hace estar en una u otra ciudad.

Asimismo, la ciudad terrena tampoco se encarna en una institución o grupo de hombres, sino que se va configurando por los que optan por el apetito de dominio, de opresión o injusticia.

Este aporte de Agustín —el de las dos ciudades— es uno de los aspectos más profundos de su idea de la historia, porque la constitución del ser histórico depende del tipo de Amor que el hombre elige. La libertad de elección es nuestra, y la praxis de ese amor, celestial o terrenal, es lo que va a constituir nuestro ser definitivo.

¹²*Op cit.*, Libro VIII, Cap. v, p. 159.

¹³*La Ciudad de Dios*, en obras de San Agustín, BAC Madrid, 1964, Libro 14, 28.